

mo mes de Febrero en que comenzara sus operaciones, y en Julio no había pasado aún el Vístula, le sustituyó por Paskiewitch, el cual, aprovechándose de un descuido de los polacos, atravesó el caudaloso río y acampó, el diez y nueve de Agosto, á pocos kilómetros de la capital.

Aunque medianamente fortificada, Varsovia opuso tenaz resistencia, no imponiéndole ni los doscientos cañones con que los rusos derruían sus edificios, ni los repetidos asaltos que estrechaban el campo de acción de sus defensores, hasta que, exánime, sucumbió el ocho de Septiembre, sin haber pedido ni aceptado capitulación. Al entrar en ella, los rusos no vieron inmutarse á sus defensores. Desdicha de éstos fué que los demagogos y los intransigentes, al enterarse de los errores que habían permitido á los imperiales pasar el Vístula, gritaron ¡traición!, y sobreponiéndose por su audacia á toda autoridad, se lanzaron á las prisiones y asesinaron á treinta y tres de los detenidos por rusófilos. Estos excesos, por más que se castigó con la muerte á cuatro de los asesinos, causaron grave daño á la causa de los polacos. El ejército de éstos que operaba lejos de Varsovia, fuerte de treinta y cinco mil hombres, se entregó á los austriacos y á los prusianos. «Polonia, dice un historiador, había sucumbido; no quedaba de ella ni reino, ni ejército. Menos mal que su resistencia había favorecido á la revolución belga; porque, mientras Paskiewitch pasaba el Vístula, el ejército francés entraba en Bélgica, arrojaba á las tropas holandesas y aseguraba la independencia del nuevo reino..... Vencedora la autocracia rusa, un abismo se abrió entre la Europa del Oeste, constitucional ó aspirante á serlo, y la Europa del Este, basada en el principio absolutista.»

Apenas ocupada la capital de Polonia, Paskiewitch escribió al Czar: «Señor, Varsovia está á vuestros pies.» Como á vencida, en efecto, la trató Nicolás, exceptuando, de la amnistía que dió, á la mayor parte de los polacos de alguna distinción, que sufrieron la confiscación de bienes, la deportación con sus familias á Siberia y hasta el suplicio. A muerte se condenó á doscientos ochenta y seis emigrados, cuyos patrimonios se repartieron los generales rusos. Paskiewitch, investido con el título de virrey, cargo que ejerció durante veinticinco años, se ganó, por su dureza y crueldad, el dictado de verdugo de Polonia. Se dejó subsistente el reino, cuya corona ceñiría el Czar, pero «como parte del Imperio y formando con Rusia una sola nación.» En su consecuencia, la constitución de mil ochocientos quince se sustituyó por el llamado *Estatuto orgánico*, en cuya virtud las funciones de la Dieta y los ministerios, que desaparecieron, pasaron á comisiones dependientes del Consejo de San Petersburgo. Se disolvió el ejército polaco; sus soldados se distribuyeron entre los regimientos rusos, y se guarnicionó Polonia con tropas imperiales. La Facultad de derecho de la universidad de Varsovia fué suprimida; su biblioteca nacional, trasladada á la capital de Rusia, y cerrados la mayor parte de los establecimientos de enseñanza y todos los gabinetes de lectura. El afán de destruir los vestigios de la nacionalidad

polaca llegó al extremo de perseguir á los católicos cerrando sus iglesias y conventos, en prohibir la enseñanza de la lengua polaca y dedicar á Paskiewitch un monumento en construcción erigido á la memoria de Poniatowski.

La misma obra de destrucción llevó á cabo Rusia en Lituania y Ruthenia, antiguas provincias polacas: suprimió la universidad de Vilna, prohibió la enseñanza del polaco en las escuelas y su uso en los tribunales y actos administrativos, y desterró al clero y á las órdenes católicas. Lo propio hicieron Prusia y Austria en las provincias polacas que se habían incorporado en los anteriores repartos. El concierto de las tres potencias copartícipes se ratificó en la convención de München-Graetz, de ocho de Septiembre de mil ochocientos treinta y tres, por la que las tres cortes se comprometieron á socorrerse mutuamente, caso de producirse agitaciones en sus respectivos territorios. Subsistía aún entre estas tres Polonias esclavas una pequeña Polonia independiente, la república de Cracovia, dotada por los tratados de mil ochocientos quince de una constitución, una dieta y un Senado *gubernante*, y que, con su Universidad, era como la ciudadela de la lengua, literatura y esperanzas nacionales. Asilo con frecuencia de emigrados políticos, que fraguaban en ella sus planes, fué duramente amonestada en mil ochocientos veintiocho por las tres potencias, é intimada en mil ochocientos treinta y seis á expulsar á los refugiados polacos. Tropas de las tres cortes la ocuparon, modificaron su constitución y depuraron la Dieta. En mil ochocientos cuarenta y seis, invadida de nuevo por emigrados, se sustituyó á las autoridades legítimas «un gobierno nacional de la República polaca», compuesto de siete individuos, tres de ellos extranjeros, y cuya primera disposición fué anunciar al mundo que «la hora de la insurrección habían sonado». Después de haber sido rechazados varios ataques de los austriacos, las fuerzas combinadas de las tres potencias aplastaron á los insurrectos y entraron en la ciudad, que perdió para siempre su independencia. Por el tratado de Viena de seis de Noviembre de aquel mismo año, las potencias, «considerando que Cracovia es un cuerpo político evidentemente demasiado débil para resistir á las incesantes intrigas de los emigrados polacos, que tienen á esta ciudad libre en verdadera sujeción moral», suprimieron la pequeña república y unieron su territorio al imperio austriaco. Desde este instante no quedó pedazo de Polonia independiente.

Tampoco tuvo éxito la revolución italiana. Aunque poco madura la idea de la unidad de Italia, no se comprende que, en vez de hacer causa común los revolucionarios de los Estados Pontificios con los de Módena y Parma, se resolvieron aquellos á constituir las Provincias Unidas y los otros á continuar viviendo aisladamente bajo sus gobiernos republicanos, cuando aun habiendo formado un solo todo, uniéndose ó federándose en apretado haz, habríales sido difícil hacer frente al Austria. Confiaban todos ellos en el auxilio de Francia, sin advertir que no se hallaba Luis Felipe en situación de atender á que-

jas ajenas, por muy razonables que fuesen. Precisamente, había caído el ministerio Lafitte por miedo de Francia á verse envuelta en aventuras internacionales. En vano el *Hotel de Ville* agitó la opinión para que se ayudara á los italianos; Casimiro Perier dijo, con aplauso de los más: «La sangre de Francia solo pertenece á Francia»; con lo que Austria se vió libre para proceder como mejor le pareciera, de acuerdo con las reservas que hiciera desde los primeros momentos. «El espíritu de vértigo y de ceguera, dijo á las potencias amigas, que en estos funestos tiempos desafia á los gobiernos, levanta á los pueblos, desencadena catástrofes y lega un largo cortejo de desorden y de miseria á los países más florecientes, se ha despertado también en varios Estados de Italia. Profundamente afligido por estos sucesos, S. M. el emperador ha reconocido que no podía negar su socorro á los príncipes despojados de sus derechos.... Conservar el estado de paz, mantener todos los derechos, fortificar todas las autoridades legítimas, proteger el interés bien entendido de los pueblos, asegurar, sobre todo, la tranquilidad de los que la providencia ha confiado particularmente á su cuidado: tales son los propósitos de S. M. I.» El gabinete de Viena recibió, además, apremiantes solicitudes de Gregorio XVI, nombrado papa el dos de Febrero de mil ochocientos treinta y uno. Nada tan fácil como dominar aquella revolución, dividida en tres núcleos. El ejército de Frimont, saliendo de Placencia, restauró á María Luisa en Parma; desbarató las milicias de Módena, marchó sobre Bolonia, donde se le incorporó otro cuerpo procedente de Ferrara; barrió los siete mil voluntarios de Armandi, sostuvo en Rímimi el veinticinco de Marzo feliz combate, pero glorioso para los adversarios, y se adelantó hasta Ancona, donde se había refugiado el gobierno provisional de las Provincias Unidas, que capituló, mediante pacto de dejar á los sitiados en libertad de retirarse al extranjero sin ser molestados. Pero el Papa desautorizó la capitulación; Austria la violó, y un centenar de liberales expiaron en los calabozos de Venecia el crimen de haber prestado sus servicios al gobierno insurrecto. En Módena, el duque Francisco IV envió al cadalso á Ciro Menotti y abrió un período de espantoso terror; y la misma María Luisa, olvidando su condición de mujer, persiguió duramente á los liberales.

Con ser feroz é insufrible el absolutismo de los monarcas de entonces, resultaba dulce y tolerable al lado de la degradante teocracia pontificia. Reconoció así, hasta por la misma Austria, las grandes potencias acordaron presentar á Gregorio XVI un *memorándum* recomendándole, como medio único de evitar nuevas revoluciones, que hiciera reformas, no ya en las provincias que se habían sublevado, sino en la misma Roma, y que reconociese á los laicos el derecho de desempeñar funciones judiciales y administrativas, debiendo las municipalidades componerse de concejales elegidos por el pueblo y crearse un Consejo de Estado laico, para poner orden en las rentas públicas. Gregorio XVI atendió estas indicaciones ordenando formular un proyecto de reformas; mas sus cardenales, bien

avenidos con una organización que tantos provechos y tanta autoridad les proporcionaba, suscitaronle tales dificultades, que las concesiones se redujeron á solos dos extremos: primero, perdón á los emigrados que firmaran esta declaración: «El que suscribe, reconociendo ser un favor gratuito y particularísimo el perdón generoso que su legítimo soberano Gregorio XVI tiene la indulgencia de acordarle, confiesa que experimenta el más vivo dolor por las faltas que ha cometido, y promete ante Dios que ha de juzgarle, que será toda su vida súbdito obediente, dócil y fiel al gobierno de la Santa Sede, contribuyendo con su crédito y su influencia á prevenir ó impedir los efectos de criminales tentativas»; segundo, constituir ayuntamientos y diputaciones con laicos, nombrados por el Papa y con facultades tan restringidas, que ni siquiera podían ejercer el derecho de petición. Continuaron, por tanto, el reparto y cobro de los impuestos confiados á congregaciones eclesiásticas; las provincias, gobernadas por cardenales ó monseñores, y todos los cargos, incluso el de ministro de la Guerra, desempeñados por eclesiásticos.

La tranquilidad había de durar poco tiempo. Desde el veintiuno de Julio de mil ochocientos treinta y uno, en que Austria, á instancias del cardenal Bernetti, retiró sus tropas de los Estados Pontificios, los revolucionarios comenzaron á pedir la aplicación de las reformas á mano armada. Para sujetarlos, Gregorio XVI organizó dos regimientos de suizos, contratados por veinte años, y armó hasta treinta batallones, de á mil hombres cada uno que hubieron de conocerse con el nombre de *Papellini*. Esta fuerza armada, compuesta de fanáticos y de gentes que nada tenían que perder, vino á ser más temida de los revolucionarios que los mismos austriacos. Nada escapaba á sus furiosos, ni las propiedades, ni las personas, siendo con frecuencia sus atropellos rechazados con las armas por los liberales. Para restablecer el orden, tropas austriacas volvieron á ocupar los Estados del Papa, lo que decidió al ministro Perier á intervenir también, para contrarrestar la influencia del gabinete de Viena en Italia, enviando un regimiento á ocupar la plaza de Ancona. «Desde la invasión de los sarracenos, se gritó en el Sacro Colegio de cardenales al tener noticia de este suceso, no se ha visto cosa semejante», y conforme á esta opinión, se entregó al embajador de Francia una nota protestando de aquella violación del territorio papal. Tampoco agradó á los gabinetes de Viena y de Londres esta inesperada intervención del gobierno de Luis Felipe; pero hubieron de contenerse para evitar mayores males, y la bandera tricolor siguió ondeando en Ancona.

Desesperante era para los liberales la situación de Italia, víctima no ya sólo de los teócratas y absolutistas nacionales, sino de las intervenciones extranjeras, que la reducían á la condición de feudo. La aspiración, cada día más vigorosa, á remediar estas desdichas, tomó forma en el llamado *Risorgimento*, cuyos promovedores se dividieron en dos grupos: los unos, más ardientes, considerando á Italia no tal como era, sino tal como debía ser, se formaban una concepción ideal conforme á los principios de la ciencia política,

cuya realización exigía medios violentos y medidas radicales; los otros, más prudentes, limitaban sus exigencias á reclamar la mejora de lo existente, obtenida por medios pacíficos. Los primeros, conocidos con el nombre de partido de la «joven Italia», eran revolucionarios; los segundos, llamados «neo-güelfos», reformistas. Las cuestiones en que fijaron su atención fueron: organización territorial, independencia política y libertad interior de los diversos Estados italianos.

Fundador y jefe del partido de la «Joven Italia» fué el abogado Mazzini, nacido en Génova el año mil ochocientos nueve, buen literato, regular filósofo, fundador de dos periódicos, sucesivamente suprimidos, afiliado al carbonarismo, dotado de cualidades eminentes, de la viva fe del místico, de la profundidad de pensamiento del teórico y de la autoridad moral del revelador. Amenazada varias veces su vida ó fracasados sus proyectos, nada quebrantó su confianza en el triunfo de sus ideas, y fué quizás el único de su partido que jamás desesperó del éxito de su empresa. «Sólo él, dijo un día Garibaldi, sólo él velaba mientras todos dormían». En el arte de descubrir en la filosofía ó en la historia argumentos para su tesis, coordinarlos en un sistema vigoroso y lógico, exponerlos en forma diáfana y accesible á todos, no tenía igual. Por sus virtudes y por los dones exteriores subyugaba á las gentes; por el calor de su elocuencia y el brillo de su mirada arrebatava á sus amigos, y se grangeaba la estimación de sus adversarios por la austeridad de su vida y el desinterés de sus convicciones. Apenas llegado á Francia en mil ochocientos treinta, comenzó la propaganda revolucionaria, y cinco años después, publicaba el programa manifiesto del partido la «Joven Italia», notable por su sencillez y precisión. Partiendo del supuesto que la resistencia de los príncipes y el espíritu local habían sido hasta entonces los dos principales obstáculos á la libertad de Italia, Mazzini se proponía destruir el uno por la república y el otro por la unidad. «La Joven Italia, decía, es republicana y unitaria: republicana, porque la república es la única forma de gobierno que satisface á la razón y á las tradiciones italianas; unitaria, porque la unidad da la fuerza, de que necesita Italia para librarse de las potencias que la rodean, y porque el federalismo, destruyendo la unidad de la gran familia italiana, impediría á Italia cumplir el destino que está llamada á realizar en la humanidad».

Por esta concepción, cuya valentía contrastaba con la timidez del programa de los conspiradores de mil ochocientos veinte á mil ochocientos veintinueve, Mazzini se separaba de los revolucionarios que le habían precedido, de los que se distinguía también por el sentido práctico, preconizando, para llegar al régimen que soñaba, un método diferente del que aquellos habían empleado. A las sociedades secretas, á las tentativas aisladas y misteriosas usadas hasta entonces, sustituía el levantamiento de todo un pueblo, conocedor de su fuerza y de sus derechos. «Los medios con que la «Joven Italia» cuenta para conseguir su objeto, decía, son la educación y la insurrección: la educación por el ejemplo,

por la palabra ó por los libros, dará á los veinte millones de italianos conciencia de su nacionalidad, al extremo que la insurrección los hallará á todos de pie contra sus opresores». Entonces ya no tendrán necesidad de intervenciones extranjeras, porque «lo que les falta para emanciparse no es el poder, sino la fe». Esta doctrina conquistó, desde luego, adeptos á centenares; pero sucedió que estos jóvenes, ardientes y desconocedores de los obstáculos, falsificaron el pensamiento de su maestro, lanzándose á conspirar á la manera de los antiguos carbonarios. Sucediéronse varias conjuraciones: en mil ochocientos treinta y tres, la de los hermanos Ruffini, en Génova, duramente reprimida por el Rey del Piamonte; la de Ramorino, en Saboya, mil ochocientos treinta y cuatro; la de la «Legión italiana, en Rumaña, mil ochocientos cuarenta y tres, y la de Calabria, en mil ochocientos cuarenta y cuatro, por los hermanos Bandiera, que desembarcaron á la cabeza de un puñado de hombres, todos los cuales fueron presos y fusilados. No tuvo conexión de ninguna especie con estos movimientos políticos el alzamiento popular de Sicilia en mil ochocientos treinta y siete, provocado por la creencia de que el cólera provenía de haberse envenenado las aguas.

Estos repetidos fracasos separaron definitivamente del lado de Mazzini á las personas que, por su edad, experiencia y sentimientos monárquicos, sentían aversión á las violencias y trastornos. Pertenecientes casi todos á la clase media, no formaban estos reformistas partido, por carecer de programa; tres reformadores se encargaron de dárselo; Gioberti, Balbo y d'Azeglio. Sacerdote católico, filósofo, de carácter impresionable y violento, emigrado á París y después á Bruselas. Gioberti publicó en mil ochocientos cuarenta y tres su famoso *Primato*, en que sostenía que Italia recobraría el prestigio y la fuerza de que había gozado en tiempo de la omnipotencia papal, agrupándose todos sus Estados en confederación bajo la presidencia y dirección del Santo Padre, con lo que se resolverían todas las cuestiones sin intervención extranjera, sin guerras civiles y sin revoluciones violentas. Más que programa de acción, la tesis de Gioberti era una especulación doctrinal, y de aclararla y darle sentido práctico se encargó Balbo, en *Las Esperanzas de Italia*, que publicó en mil ochocientos cuarenta y cuatro. Hijo de un ministro sardo y auditor que había sido en el Consejo de Estado bajo Napoleón I, tenía Balbo gran experiencia de la vida, y así sostenía que todo proyecto de confederación sería irrealizable mientras Austria no renunciase á su dominación en Italia, lo que sucedería el día de la caída y reparto del Imperio otomano. Dos años después, veía la luz pública un folleto que acababa en estas palabras: «Debemos, ante todo, italianos, usar del valor cívico para obtener de nuestros gobiernos las mejoras y las instituciones liberales compatibles con el orden público; luego vendrá el valor militar á darnos la independencia». Su autor era d'Azeglio, aristócrata, oficial, artista y poeta, que pensaba realizar la segunda parte de su programa dando á los italianos por jefe á un soberano amigo suyo, Carlos Alberto, rey